

Nisaguie (La lluvia) de Nazario Chacón Pineda

Todo el mundo sabe que los dioses son veleidosos, que exigen fe y rituales, que se les nombre de manera inequívoca, que se les invoque con un lenguaje sumiso y obediente. Según los quichés el Rayo, el Relámpago y el Huracán dijeron: hágase la Tierra, que brote de las aguas llenando el vacío de un cielo en suspenso. Entonces se erigieron las montañas y los valles, los pinos y los cipreses; después fueron apareciendo los animales pequeños, los espíritus guardianes del bosque, las aves, los venados y demás cuadrúpedos. A cada especie le fueron asignados distintos habitáculos y su propia voz. Sin embargo, como nunca alabaron a sus divinos progenitores, el destino de las plantas y los animales es comerse entre sí, en una simple cadena trófica.

Creador, Formador y Progenitores intentaron hacer una nueva creatura que les rindiera pleitesía, alimentándolos ésta con sus alabanzas y veneración. Malhadadamente usaron como materia prima la tierra, el blando lodo que se desmorona. El torpe hombre-tierra hablaba, pero sin entendimiento. Humedecido por el agua y, por voluntad de los dioses, desapareció. Al hombre de madera le tocó en suerte quedar metamorfoseado en mono después del diluvio; finalmente el maíz entró en la carne de los humanos.

Esta narración es la fría palabra de dioses. Su perspectiva. Los zapotecas, en cambio, entre ellos el juchiteco Nazario Chacón Pineda, recuerdan, en cambio, la versión de los *vinigulaza*, los primeros habitantes de la Tierra. ¿De lodo, de palos o de maíz? No hay respuesta. Sólo sabemos que hablaban zapoteco, que fueron muy inteligentes, cargados de sentimientos y devotos de los dioses, aunque éstos se encelaron de su misma obra. Atormentados por el diluvio, aquella humanidad primigenia

rogó, se lamentó, ritualizó sus plegarias. Su jefe, Yóoh Bah, el mejor músico y poeta, y el guerrero más valiente y decidido, encabezó los danzantes que se movieron al compás de la “Tortuga”. Por un instante llegó la claridad del arcoiris y se miraron el sol y las estrellas. Pero ésta fue una falsa esperanza porque los crueles dioses, envidiosos de los sabios *vinigulaza*, soltaron nuevamente las lluvias huracanadas. Como de la envidia divina no hay salvación, la ronca voz del tambor de aquellos hombres anunció apocalípticamente la lluvia de meteoritos, de agua, de polvo y de fuego. Era su desgarrado canto de despedida.

Hemos tomado este relato y un verso de *Estatua y danza*, libro que el poeta Nazario Chacón Pineda (1916-1994) publicó como uno de sus primeros intentos literarios en la Imprenta de la Escuela Nacional de Maestros, en 1939, con una carta introductoria de su “viejo amigo” y “compañero” Carlos Pellicer, que también estamos reproduciendo aquí. Chacón también entabló amistad con el oaxaqueño Andrés Henestrosa y fue retratado por la pintora Rina Lazo.

La mezcla de zapoteco y español que nos ofreció este joven Nazario Chacón Pineda la recibimos nosotros, lectores no dueños de este bilingüismo, como un experimento cercano al de los futuristas, que musicalizaron la poesía hasta el último extremo posible, dejando suspensos en el aire sonidos, que, en este caso, han sido traducidos. Publicó también 2 libros de poesía: *Perdida soledad* (1976) y *Canción de la sangre* (1962) éste ilustrado por Elvira Gascón.

MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Lomas de Chapultepec, a 24 marzo de 1939.

Sr. Nazario Chacón Pineda

Presente.

Estimado amigo y compañero:

Bien llega esta primavera trayéndome las primicias de su obra literaria.

Las hermosas leyendas que usted me ha enviado así como sus poemas han levantado en mi imaginación la numerosa realidad del gran tesoro poético de México escondido en el alma de nuestras viejas razas cultísimas. Quien lea con atención las composiciones de usted verá a través del agua de la lengua española el brillo profundo de las cosas zapotecas. La poesía de usted viene de lejos y usted nos la proyecta con la rapidez de lo que nos rodea, con fácil juego de belleza.

Conserve usted y aquilate la dicha de ser mexicano de ayer y de hoy, y que al pensar en su idioma nativo —la admirable lengua zapoteca— nos diga usted en español las voces eternas de su país misterioso.

Lo felicita, su viejo amigo.

Carlos Pellicer.

NISAGUIE

La lluvia

Había llovido tanto y tan fuerte aquellos días, que los zapotecas se encontraban alarmados, atemorizados.

Sus ruegos, sus lamentos, sus oraciones, los había tragado la soledad con su enorme boca.

Soledad en medio de su dioses; tormento incesante de la diosa lluvia, eterna enemiga de la raza.

Al Dios rayo —flagelador de las nubes— no se le veía cruzar el espacio; habíase dormido, muerto tal vez, en su ignorado lecho.

Hubo esperanzas en el alma de los zapotecas: la banda policromada de amistad de los dioses se arqueó en el cielo; se oyó júbilo en la tierra, a pesar de la lluvia que llevaba ya días, si no meses, porque en la confusión los *vinigulaza* perdieron la cuenta. Empezaron las danzas, y la flauta, instrumento musical de la raza esparcía melodías misteriosas, que hoy todavía llegan a nuestros oídos, aunque no con la mística de antaño.

Cuéntase que en esos días los *vinigulaza*, aquellos hombres, que se creían los primeros pobladores del universo, danzaban al compás del tamboril el son que en Juchitlán se conoce con el nombre de “*Tortuga*”. Danzaban cantando. Una voz clara y fuerte sobresalía del grupo. Se conocía en ella la de *Yóoh Bah*:

Cadidi cah biguh
 Ruluicah ti bigaah
 Ne biguh róoh
 Ne biguh uinih
 Guriah nisadóoh

Biguh uinih
 Biguh róoh
 Ne naróoh, ne nahuinih
 Parah visaanah shiñi,
 Parah visaanah shiñi,
 Nisadóoh

Nisadóoh, nisadóoh
 Biya biguh uinih
 Biya biguh róoh
 Parah visaanah shiñi
 Parah visaanah shiñi
 Biguh róoh, biguh uinih

El desfile de tortugas
 simula un collar
 de tortugas grandes
 y tortugas chicas
 a la orilla del mar.

Tortugas chicas
 tortugas grandes
 y grandes y pequeñas
 ¿dónde dejó su hijo,
 dónde dejó su hijo
 la diosa del Mar?

Diosa del mar, diosa del mar,
 mira a la tortuga chica
 mira a la tortuga grande
 ¿dónde dejó su hijo,
 dónde dejó su hijo
 la tortuga grande,
 la tortuga chica?

Yóoh Bah era el jefe de los zapotecas, elegido por sus grandes cualidades; en él se sintetizaban el mejor músico de la tribu, el poeta que más bellamente cantaba sus glorias, el guerrero valiente y decidido.

Pasada la lluvia, se hizo bellísima claridad en el cielo, los

zapotecas llegaron a decir que vieron de cerca las estrellas y conocieron la casa del sol.

¡Zeeda Nisaguie! ¡Zeeda Nisaguie!
¡Vuelve la lluvia! ¡Vuelve la lluvia! Se oía en las voces.

Otra vez cundió la alarma, los dioses no se pusieron de acuerdo y la lluvia volvió con su azote mojado de huracán. Los hombres no se explicaban la impiedad de los dioses.

Nosotros lo sabemos. Lo hemos oído de labios de los viejos. Los dioses estaban celosos de los *vinigulaza* porque eran los hombres más sabios de las razas que poblaron el planeta.

Yóoh Bah presintió la destrucción de su raza y ya no se cantó en la voz de los guerreros el desfile de tortugas, sino la destrucción de la tierra:

Pompo, capompo yuh

Ziaba nisa
Ziaba guie
Ziaba nanda

Ziaba guii
Ziaba yuh
Zarah guidchilayuh

Trota en el eco la ronca voz del tambor:

Pompo, capompo yuh

lloverá agua
lloverán piedras
lloverá frío
lloverá fuego
lloverá tierra
desaparecerán todos los hombres de la tierra.